

LA CIUDAD, LA CASA Y LA CALIDAD DE VIDA (*)

POR

PATRICIO H. RANDLE

El concepto de «calidad de vida» es un concepto elusivo. Se parece al de «desarrollo». Ambos evitan la confrontación franca con los universales. Apelan a los valores que, como se sabe, son tan sólo bienes formales. Hay como respeto humano a hablar del bien, de lo bueno y del mal, de lo malo.

Pero aun aceptado en sí mismo, tal cual como se nos presenta, la calidad de vida se parece más a una sumatoria que a una integral. Cuesta mucho, por eso, ser entendida como un todo. Y acaso es porque se trata no más que de una serie de indicadores presuntivamente vinculados entre sí.

De ahí que el principal problema de la calidad de vida no sea, como se suele decir por ahí, la dificultad de medir cada uno de esos indicadores en los casos concretos. No, la principal dificultad es la de integrar cualitativamente ese espectro de indicadores de forma tal que representen realmente una totalidad. Porque la vida es una totalidad indivisible e intentar subdividirla —aunque sea como una hipótesis de trabajo— supone obstáculos insuperables.

El hombre moderno, habitante del «reino de la cantidad» (1) que diría Guénon, piensa habitualmente más en la cantidad que en la calidad, lo que ya es de por sí criticable y por eso piensa también más en los medios que en los fines. Está impaciente por

(*) Trabajo presentado al «Primer Simposio Latinoamericano sobre calidad de vida», 12, 13 y 14 de agosto de 1985.

(1) RENÉ GUÉNON: *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*, Madrid, 1976.

obtener los instrumentos pero duda de para qué los quiere. Pero todavía es más grave que se proponga como objetivo —en el cual deposita muchas esperanzas— el medir la calidad, lo que no es muy disímil de pretender elegir los fines conforme a los medios de que se dispone.

Por muy loables que sean los propósitos de elevar la calidad de vida, hay que tener cuidado de otro riesgo no menos serio. Es el de prefabricar los patrones de esa calidad, o, peor aún, hacerlos obligatorios. En este sentido hay que tener bien en claro que la mejor calidad de vida exige, como una premisa, una cierta dosis de espontaneidad, de libertad, de participación, de aquiescencia, de persuasión. En suma, es imposible de obtener sin pasar por el intermediario de la educación.

La planificación moderna opina, por el contrario, que existen determinados objetivos deseables y que éstos pueden instrumentarse coactivamente pues la bondad de esos fines es indiscutible. Tal vez sea así, especialmente si nos referimos a la higiene física. Pero el problema no está en la bondad de cada uno de los objetivos parciales sino en el sistema de prioridades que se pretende imponer.

Es aquí donde surge la mayor de las dificultades. Porque si es complicado medir el grado de concreción de cada uno de los indicadores, es imposible hallar un orden absoluto de prioridades entre ellos. Imposible desde el punto de vista científico-teórico. Ya Popper dijo que era imposible, de una manera científica, elegir entre dos fines (2). O sea que, por más que se escabulla la cuestión, es obvio que no existe ninguna posibilidad de ponerse de acuerdo sobre el tema de la calidad de vida si no hay previamente un acuerdo sobre la cuestión de los fines de esa misma vida.

Nuestra intransigencia en relativizar el tema no nos impide, sin embargo, buscar algunos puntos de confluencia aceptables para un buen número de gente. Pero nos ratificamos en la convicción de que sin ese marco de referencia mejor definido, la

(2) KARL POPPER: «Utopia and violence» (*The Hibbert Journal*, 46; 1947/8).

discusión sobre calidad de vida pierde interés y hasta verdadera operatividad.

Recapitulemos fugazmente los orígenes del concepto. No hay ninguna duda de que es la hipercivilización —el desproporcionado desarrollo de los medios, de los instrumentos, respecto de la claridad de los fines— lo que genera la noción de calidad de vida. Cuando la vida era más sencilla, más natural, era impensable, era innecesario. Lo que sucede es que hemos perdido precisamente la calidad de la vida misma que es su naturalidad. La vida artificial es la primera causa de aquella nostalgia.

Por eso, el mejor remedio, en términos genéricos, es volver a la naturaleza de la cosas, a la esencia de la vida misma sin las desfiguraciones, las distorsiones creadas por el propio hombre. De una manera general diríase que el mejor medio consiste en apuntar a objetivos tales como:

1) *Dominar la técnica* en vez de ser dominado por ella. Esto es, principalmente, que aun cuando la mecánica puede tener un uso aceptable, no por ello mecanicemos lo que es de naturaleza orgánica: los horarios, el ejercicio del cuerpo, los modos del hábitat, la concepción de la misma ciudad.

2) *Atenuar el grado de concentración* a que nos ha llevado la suma y coordinación de esfuerzos y recursos que caracteriza nuestro tiempo que ha producido prodigios pero que ha centralizado innecesariamente, congestionando, las funciones humanas. Sin una descentralización del trabajo, de las ciudades, de la economía, es impensable mejorar sustancialmente la calidad de vida porque ese congestionamiento es la causa tal vez mayor de su desnaturalización.

3) *Desacelerar el ritmo de la vida urbana*. Porque si la tecnificación se traduce en un aumento de poderío humano, también es cierto que conlleva fatalmente una transferencia del «tempo» acelerado de la máquina a la esfera interior del hombre (3). Y si la clave de la felicidad humana reside en la paz

(3) Cfr. ABELARDO PITHOD: *La contaminación de la esfera interior por la aceleración técnica*, en P. H. Randle (editor): *La contaminación ambiental*, Buenos Aires, OIKOS, 1979, págs. 173-84.

espiritual, es indudable entonces que la agitación, la prisa, la opresión de los plazos a que está sometido el hombre moderno, conspiran contra los fundamentos de un equilibrio interior.

Vista la cuestión de esta manera, cabe preguntarse. ¿Es que queremos realmente elevar la calidad de vida? O, acaso, ¿queremos quedar bien con Dios y con el Diablo? ¿No estaremos esclavizados ya por las «ventajas» más indignas de la tecnificación? ¿Estamos dispuestos a aceptar que una verdadera calidad de vida puede estar opuesta a una cierta concepción del «confort moderno»? Porque si nos engañamos en este punto es inútil seguir...

Pero, además, hace falta otra distinción fundamental, retomando el hilo inicial. Y es ésta: la calidad debe entenderse no como una forma que se llena —más o menos— de algo que reputamos como deseable; no es cuestión de apilar cosas. Se trata de algo esencialmente diverso. La calidad, como todas las cosas del espíritu, implica más que una acumulación, un completamiento. No se trata de una función lineal sino de un sistema, de algo como lo que es el «cierre» de un balance, o mejor aún, de lo que es formación de la personalidad, en la cual no gravita el número de conocimientos sino su aptitud de interrelacionarse y dotar de virtudes al educando. Lo que se llama la educación perfecta, porque perfecciona, completa, a la persona.

Pues así ocurre con el verdadero concepto de calidad de vida. Debe entenderse, no tanto como una serie de indicadores que cuanto mayor grado acusan mejor, sino como una armoniosa conjunción de bienes que como sucede en la música no interesa tanto la magnitud, o la intensidad sino el acuerdo entre ellas... para lo cual, por lo demás, no hay una sola fórmula, sino probablemente miles.

Pero, ¿en dónde está la clave de ese *desideratum*, visto que no en una ecuación cuantitativa? La única respuesta es: en el descubrimiento del orden natural. Ese orden que hemos destruido, que hemos alterado, que hemos desfigurado y que ahora debemos re-descubrir. Natural, no porque consista exclusivamente en

el reino de la *physis*, sino natural en el sentido de que no lo hemos fabricado nosotros, sino que nos ha venido dado.

Es hora de que el hombre moderno recapacite sobre la raíz de su situación existencial que está allí. Nadie, sino él mismo, ha creado sus problemas. En consecuencia, conviene realzar, poner en su lugar, las cosas como son realmente, sin la desnaturalización a que las hemos sometido.

Por eso es grave malentendido el de confundir calidad de vida con un sustituto para las consecuencias no deseadas de la tecnología. Porque la verdadera calidad de vida no podría hallarse en las nuevas técnicas halladas para corregir los errores de las viejas técnicas ya que esto es un *corso e ricorso* de nunca acabar.

Lo que sucede es que el concepto de calidad de vida se superpone al de confort. Y el confort ha degenerado en la provisión de elementos para satisfacer necesidades artificiales que se podrían suprimir con una vida más natural.

Pongamos un ejemplo actual. El *non plus ultra* del confort hogareño es tener hoy instalado en la bañera un equipo para hidromasaje. La tentación es grande. Volvemos a nuestra casa tensionados después de una jornada de labor y, apatentemente, por este intermediario, el cuerpo se relaja y nos permite un mejor reposo; ¿para qué? Pues para volver a repetir la misma jornada agotadora al día siguiente.

Una cosa es que en la práctica estemos constreñidos a ese condicionamiento. Otro es que, según vivimos, así pensamos. O sea, que el hidromasaje sea considerado como un ingrediente de la calidad de vida. Y, así, subsiguientemente en todo.

Contra su genuina etimología —lo que hace fuerte— el *confort* se entiende modernamente como lo que hace a la vida más muelle, más fácil y, consecuentemente, al hombre más débil física y moralmente. Pero hay algo todavía peor y es que, como señaló una vez agudamente George Bernanos:

«En suma, este mundo no quiere otra cosa que el confort. Lo quiere cueste lo que cueste y, para engañarse a

«sí mismo y engañar a los demás, declara que este confort es precisamente la justicia» (4).

Así, la calidad de vida se convertiría en una exigencia social, una suerte de *derecho* a la felicidad (los modernos han tomado por «derechos» los que en realidad son los dones de su propia naturaleza, de su modo de ser, sus atributos esenciales y no algo exterior que es necesario conquistar) como si la dicha no sólo fuese tipificada sino que técnicamente alcanzable, como si la vida buena fuese siempre la más cómoda o la versión vulgar de «la buena vida».

Literalmente, calidad de vida debería significar otra cosa: una vida auténtica (adecuada al ser concreto que la vive), una vida virtuosa (orientada constantemente a lo que se considera mejor), una vida digna de ser vivida (no la representación de un rol ajeno).

Lamentablemente, cuando confort y calidad de vida restringen su alcance, inducen a multitud de gente a no ver otro sentido de las cosas.

No se puede hablar de la casa y menos de la ciudad sin estar en claro en la parte conceptual. Porque antes que poder valorar lo que la casa debe significar como el lugar donde deberíamos pasar la mayor parte de nuestro tiempo, el lugar preferido, el más importante de nuestra vida, sucede que todos esos valores están amenazados muy seriamente por una tabla que no los contiene así y que se difunde cada día más, consciente o inconscientemente.

Es un hecho que el hombre actual tiende a valorar más lo mobiliario que lo inmobiliario. La casa, la ciudad, no están al tope de la lista. Antes está el dinero, las inversiones financieras, el automóvil, las vacaciones en diversos lugares sucesivamente, los administrículos (útiles verdaderamente o no y de vida, en general, efímera).

La casa ha perdido importancia. No se hace casi vida de ho-

(4) Carta de abril de 1946 publicada por la «Société des Amis de Georges Bernanos», París, junio de 1950.

gar durante los días de trabajo y los fines de semana se hace necesario salir a tomar aire o a divertirse: a desviar la atención del mundo totalitario del trabajo aunque sea con más actividad en vez de descanso y ocio. Han desaparecido casi completamente tres partes de la casa sin las cuales nadie puede sentir holgura y plenitud en ella, a saber: el jardín, el taller doméstico y el depósito que nos permite guardar recuerdos, conservar herencias (5). Por eso es que, como bien dice Gaston Bardet: «el primer elemento del confort es el espacio». No el espacio vacío, sin uso, sino el espacio funcional. Pero sin él, con casas en las que prácticamente sólo se puede comer, higienizarse y dormir, no es posible hablar seriamente de confort, ni de calidad de vida.

Pretender sustituir el espacio por el equipamiento ya no parece convencer a nadie. La cama y la mesa abatible pueden ser una solución de emergencia pero realmente no constituyen una conquista. Tener aire acondicionado porque la aislación de los muros y el techo son deficientes, constituye una aberración. Cada vez se construye con estándares más bajos; sin embargo, sube el nivel de sofisticación de la industria electrodoméstica como para disimulárnoslo.

Hay dos conquistas valaderas de la arquitectura moderna, que, sin embargo, no son de las que están presentes en la mente de los arquitectos de vanguardia de tendencia fuertemente estetizante: son la cocina y el baño. Bardet ha dicho, tal vez chocando a esos espíritus exquisitos, que verdaderamente la arquitectura ha entrado por la cocina y el baño. La prueba es que mucha gente pudiente prefiere construir sus casas con reminiscencias tradicionales pero en la cocina y en el baño exigen la última palabra. De donde se puede colegir que hay un doble patrón de calidad de vida: *moderna* para lo utilitario y *clásica* para el resto.

Pero, además, la casa tiene otras exigencias cualitativas. Una de ellas es, aparte del mencionado espacio, una cierta flexibilidad, posibilidad de cambio sino de ampliación; algo, en suma, que permita dejar la impronta personal de quien la habita. De

(5) GASTON BARDET: «Les racines du confort laïc et obligatoire» en *Temoignages*, n.º XXXV, París, octubre de 1952, pág. 441.

allí que las casas y departamentos en serie, inspirados en la fabricación en cadena de la industria, pueden haber seducido cuando eran novedad y por ese puro y trivial motivo. Pero hoy, la opinión generalizada busca otra cosa que la máquina de vivir, o el prototipo perfecto. La vida, por demás condicionada, de la ciudad, reclama en el ámbito hogareño una válvula de escape a la imaginación, a la espontaneidad y, por encima de todo, busca su propia identidad desfigurada por el adocenamiento ambiental.

Otro tanto se puede decir de la ciudad. Las ciudades más modernas, más higiénicas, no son siempre las más apetecibles para vivir ni siquiera para visitar. La calidad de la vida urbana está compuesta de una serie de indicadores medibles, pero también de otros imponderables. La mejor ciudad es siempre la más humana. Esto es, la que tiene vitalidad pero no por eso es desmesurada sino que retiene una escala humana. Lo importante, otra vez, es el modo como se combinan sus cualidades.

Camilo Sitte, pionero del urbanismo moderno, se pasó la vida tratando de poder contestar por qué las ciudades medievales, menos racionales, menos avanzadas técnicamente, retienen una belleza que el urbanista sistemático no ha podido igualar. Sin hallar la respuesta completa, Sitte vino a hallar como síntesis deseable el poder armonizar la espontaneidad de lo tradicional con la funcionalidad de lo racional. Y este principio es igualmente adecuado a la casa por aquello de que una casa debe ser pensada como una ciudad en pequeño y una ciudad como una casa a lo grande (6).

(6) Cfr. P. H. RANDLE: *El pensamiento urbanístico*, Buenos Aires, OIKOS, 1985, pág. 147.